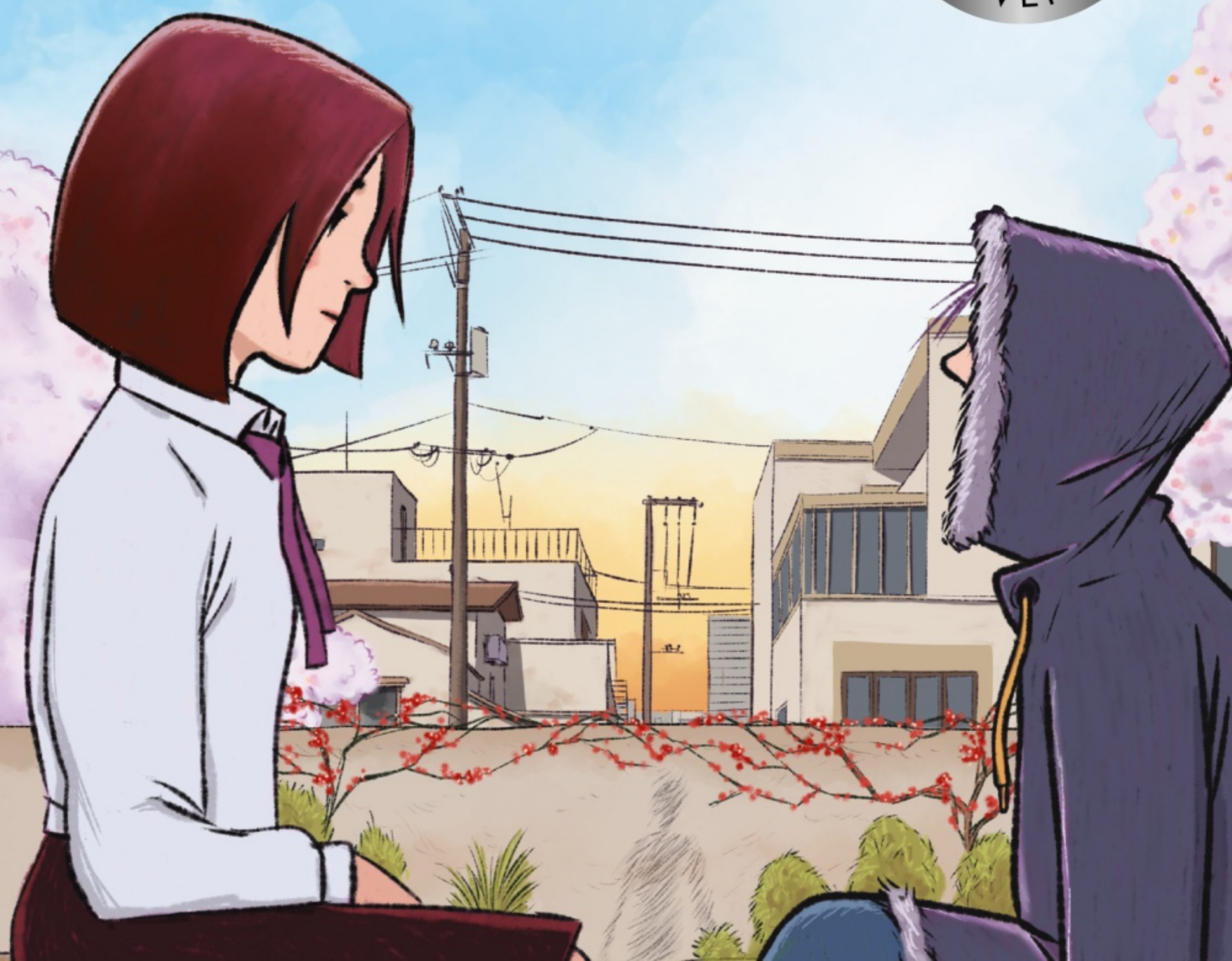


Rafael Salmerón

La rama seca del cerezo

桜



1.ª edición: abril 2021

© Del texto: Rafael Salmerón, 2021
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Corrección de términos japoneses: Mayu Ishikawa
Diseño e ilustración de cubierta: Chema García

ISBN: 978-84-698-8595-6
Depósito legal: M-3593-2021
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Rafael Salmerón

La rama seca
del cerezo

桜

XVIII PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

Para mi padre, que siempre creyó en mí
y en esta historia, y que no tuvo tiempo
de verla convertida en lo que ahora es.

Índice

HIROSHIMA (1945)	11
<i>Kage</i> (Sombra)	13
La cosecha de pepinos del Comandante	15
Largas lanzas de bambú al servicio del Emperador	17
Una vieja pistola con el cañón doblado hacia dentro ..	22
Un resplandor blanco y brillante que derribó los cimientos del mundo	29
La amarga brisa que anuncia una noche larga y oscura	31
La sombra que dibujaba los contornos del fin del mundo	36
El mismo silencio que habitaba las ruinas calcinadas de Hiroshima	40
HIROSHIMA (Momento actual)	43
<i>Sakura</i> (Cerezo)	45
Uno	47
Dos	59
Tres	63

<i>Shiga futari wo wakatsu made</i>	
(Hasta que la muerte nos separe)	69
Un cuchillo enorme en la mochila	71
La pequeña sombra que marcha tras sus pasos	76
<i>Eiyu no musuko</i> (El hijo de un héroe)	83
Tetsuo y la abuela	85
Tetsuo y mamá	90
Tetsuo y el señor Yamagata	94
Tetsuo y el abuelo	96
Tetsuo y Sakura	99
<i>Kosaten</i> (Cruce de caminos)	103
El relleno de las <i>gyozas</i>	105
Regando el pequeño huerto del señor Utada	112
Unas gafas redondas y un gigantesco y estrafalario bigote	116
Ichiro Hashizume	120
Tomando el té	127
Un auténtico <i>okonomiyaki</i> al estilo de Hiroshima	132
Salsa de ciruelas	140
Una florecilla brota en la rama seca del cerezo	142
El señor Hashizume se pierde en el caótico bosque, a contracorriente	145
<i>Atarashii jinsei</i> (Una nueva vida)	149
Bajo la misma lluvia	151
Amanecer en Hiroshima	154
Un soleado y dulce día de difuntos	160

Hiroshima
(1945)

影

かげ
(Sombra)

La cosecha de pepinos del Comandante

Masuji esperaba junto al muro de hormigón que delimitaba el pequeño huerto. Era extraño que un huerto, y más aún uno tan pequeño como aquel, estuviera tan bien protegido. Sobre todo en una ciudad en la que, excepto por unas pocas edificaciones modernas, todo estaba construido con madera. Pero aquel no era un huerto cualquiera. En aquella pequeña parcela de terreno, encajonada entre los edificios oficiales y las elegantes residencias del centro de la ciudad, crecía la cosecha de pepinos del Comandante. El Comandante del Segundo Ejército Imperial, acantonado en Hiroshima, a salvo de los continuos bombardeos que, día tras día, estaban convirtiendo Tokio y otros muchos lugares de Japón en poco más que un montón de escombros. Sin embargo, los B-29 norteamericanos parecían haberse olvidado de aquella tranquila ciudad portuaria en la costa del mar interior de Seto.

Masuji esperaba, impaciente, con la espalda apoyada en el muro de hormigón. Las grises planchas prefabricadas impedían que nadie más que el viejo Sigematsu Utada, el dueño de aquel terreno que, en esos momentos, estaba al servicio del Glorioso Ejército Imperial, se acercase, mirase siquiera, la cosecha de pepinos del Comandante. Unos pepinos que, cada mañana, recién recogidos por los callosos y huesudos dedos

del anciano señor Utada, eran envueltos después en delgadas láminas de alga nori, sumergidos en salsa de soja dulce y devorados por la boca satisfecha del Comandante. Sin embargo, aquel muro de hormigón era completamente innecesario. Incluso un ligero y traslúcido parapeto de papel de origami hubiera resultado superfluo. Nadie se hubiera atrevido a tocar la cosecha de pepinos del Comandante. Nadie se hubiera atrevido siquiera a imaginar coger algo que pertenecía al Glorioso Ejército Imperial. Hubiera sido como traicionar a la patria. Hubiera sido como deshonorar a los antepasados. Un hecho a la vez tan pequeño y tan reprobable como tomar sin permiso un pétalo caído de alguno de los cerezos que crecían en los jardines del palacio del Emperador.

Masuji esperaba impaciente, con las mandíbulas apretadas, con el corazón rebosando de ansiedad, junto al muro que protegía la cosecha de pepinos del Comandante.

Largas lanzas de bambú al servicio del Emperador

Masuji esperaba ansioso la llegada de Ichiro, su compañero, su amigo del alma. Si no llegaba enseguida iba a hacérseles muy tarde. Apenas tendrían tiempo de llegar al parque Hijiya-ma. Apenas habría tiempo para prepararse. Y era eso, prepararse, lo que tenían, lo que debían hacer. Así lo había ordenado el Emperador. Debían prepararse para la lucha, para defender el sagrado suelo japonés. Hasta la última gota de sangre, hasta que el último de sus súbditos hubiera caído.

Era aún muy temprano, pero Masuji Utada no podía contener su impaciencia y esperaba ansioso junto al pequeño huerto donde, plácidamente, crecía, ajena por completo a la guerra que corroía los cimientos del mundo, la cosecha de pepinos del Comandante. El abuelo de Masuji, el señor Sigematsu Utada, era el encargado de cuidar los pepinos, vigilarlos, llevarlos frescos, recién recogidos, a la mesa del Comandante. Y era esa una tarea que realizaba con el mayor de los esmeros. Porque aquella sencilla y silenciosa tarea formaba parte de un todo. Y ese todo aún era capaz de sostener, precariamente, eso sí, los cimientos del mundo.

Masuji sentía como sus piernas temblaban, desbordadas en la misión de contener el furor de su cuerpo, de su espíritu

de diecisiete años. Mientras temblaba, esperaba, y el recuerdo de la figura de su padre, marchando por el puente de Yokogawa que cruzaba las tranquilas aguas del río Ota camino de la Plaza Oriental de Armas, se dibujaba ante sus ojos con nitidez. Los pasos firmes, marciales, la barbilla alta, la gorra calada, el fusil al hombro, el rostro orgulloso. Una gota en aquella marea incontenible que se dirigía a barrer del sagrado suelo japonés las bárbaras hordas del invasor extranjero, camino de las playas de Okinawa, camino de la muerte.

Cuando Masuji Utada supo del fallecimiento de su padre, lo imaginó de mil maneras distintas. Y en esas mil muertes distintas la sangre de su padre fluía siempre como un pequeño riachuelo por la arena blanca de Okinawa en busca del mar, tiñendo de honor y de silencio las aguas que bañaban las costas de Japón. Y Masuji Utada, el hijo de Takashi Utada, henchía su pecho, llenándolo del aire que hasta él llevaban aquellos vientos que hablaban con orgullo del sacrificio de miles, decenas de miles, cientos de miles de personas. Y ese aire no dejaba lugar a la tristeza. Ni una sola lágrima debía ser derramada. No hasta el día después de la victoria.

Ichiro apareció de pronto, doblando la esquina de una pequeña callejuela sin importancia que, como tantas, desembocaba en la gran avenida. Al ver la figura tensa e inmóvil de Masuji, su compañero, su amigo del alma, apresuró los pasos.

—Perdóname, Masu-chan pero se me han pegado las sábanas.

—La pereza no tiene disculpa en estos tiempos —repuso Masuji con el gesto duro, pétreo.

Ichiro inclinó la cabeza, recibiendo con humildad sus palabras.

—Lo siento, no se volverá a repetir.

Sin embargo, la dureza se borró del rostro y del corazón de Masuji. No había sido más que una efímera máscara.

—Vámonos ya, Ichiro-chan, tenemos que darnos prisa —dijo golpeando cariñosamente el hombro de su amigo mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa. Y una sonrisa se dibujó también en los labios de Ichiro.

De un rápido y ágil salto franquearon el muro de hormigón que protegía la cosecha de pepinos del Comandante. Masuji sabía que, a pesar de que muchas veces le había ayudado en las tareas del huerto, a su abuelo no le gustaba que cruzase por allí; pero aquel era el camino más corto para llegar al parque Hijiyama. Y no era tiempo lo que aquella mañana les sobraba. Disponían de poco más de una hora antes de incorporarse a los trabajos diarios de las «brigadas escolares voluntarias». Así que, con pasos largos y veloces cruzaron el pequeño sendero que dividía en dos el huerto. Afortunadamente, el viejo señor Utada se encontraba en ese momento en las cocinas del Comandante del Segundo Ejército Imperial, entregando, como cada mañana a aquella misma hora, la ración diaria de pepinos a la señora Takamura, la cocinera. Por eso, también afortunadamente, sus cansados ojos no fueron testigos de aquella furtiva e imperdonable incursión.

Masuji e Ichiro dejaron atrás el huerto y, corriendo entre las casas de madera que comenzaban a desperezarse, encaminaron sus pasos hacia el puente Taisho, junto a la Universidad Femenina de Comercio. Cruzaron el puente con los ojos fijos en la achatada colina que gobernaba el parque Hijiyama, pues no era otro su destino, y entraron en el parque a la carrera. A su paso, levantaron de su plácido descanso a una bandada de libélulas rojas que, quebrada la armonía que su

quietud dibujaba, buscaron en el aire un nuevo refugio, tal vez al oeste, sobre las todavía frías lápidas del cementerio militar, tal vez hacia el este, junto al vago recuerdo de otros muertos, extranjeros de la tierra y del tiempo.

Allí, en lo alto de la colina, estaba el viejo santuario. Rodeado de frondosos alcanforeros, pinos y algunos arces y laureles, se mostraba apenas, esquivo y elegante como el cortejo de una grulla sobre el manto nevado del invierno. Y, oculto a los ojos de casi todos, eclipsado por el discreto brillo espiritual que emanaba de la madera lacada con la que estaba construido el santuario, escondido entre los arbustos que crecían en la ladera norte de la colina Hiji, esperaba aquel refugio secreto, aquella pequeña fortaleza. Un doméstico bastión que había sido cómplice y testigo de los juegos y batallas de Ichiro y Masuji; antes dos niños, ahora dos muchachos, casi dos hombres. Siempre dos amigos, dos hermanos.

Era aquel un grupo de rocas que, entre ellas, había guardado un hueco, un hondo espacio vacío. Resultaba en ocasiones cueva, guarida de demonio o de dragón. Castillo otras veces, fortaleza de samuráis dispuestos a vengar la muerte de su señor. O puesto de mando desde donde, bien cubierto el uniforme de medallas y condecoraciones, dirigir con mano firme las operaciones de la gloriosa armada por el mar de China o los remotos archipiélagos perdidos en la inmensidad del océano Pacífico. Pero, siempre, mano a mano, codo a codo, hombro con hombro. Masuji e Ichiro. Ichiro y Masuji. Qué sería del uno sin el otro. O del otro sin el uno. Tan iguales que no eran pocos los que afirmaban que no les sería difícil llegar a confundirlos. «Parecéis hermanos», les habían dicho en infinidad de ocasiones. Y así era como se sentían. Tan unidos como si fuesen de la misma sangre. O tal vez más;

enredados por los indestructibles lazos de una amistad tan poderosa y eterna como solo la mente de un niño es capaz de concebir.

Corrieron sobre el camino de grava, y después sobre la hierba, fresca todavía por el recuerdo del rocío. Saltaron las ramas más bajas de los arbustos que intentaban, sin resultado alguno, zancadillear sus sueños de juventud y de gloria. Y alcanzaron por fin su destino, entre las rocas, entre los arbustos. Ocultas bajo la alfombra parda de hojas secas que cubría el interior de la cueva, esperaban, ansiosas de ser asidas, alzadas al cielo, las dos largas lanzas de bambú. Largas lanzas de bambú al servicio del Emperador.

Una vieja pistola con el cañón doblado hacia dentro

Practicar. Había que practicar. Una y mil veces. Para cuando llegara el momento. Todos, cada uno de ellos, cada hombre, mujer, niño, anciano o anciana tendría que estar preparado para empuñar la larga lanza de bambú, para hundirla en la bárbara carne del invasor, que no quería más que destruir la civilización, destruir Japón. Destruir el mundo.

Cada japonés, todos, cada uno de ellos, tendría que manchar sus manos con la sangre del enemigo, antes de ver como su propia sangre era vertida sobre el sagrado suelo de la patria.

Ichiro y Masuji levantaron las lanzas hacia el cielo. Largas lanzas de bambú al servicio del Emperador.

—¡Banzai! —gritaron los dos al unísono.

Ichiro imaginaba su pecho cubierto de medallas. Su cabeza coronada de gloria, su recuerdo honrado por las futuras generaciones.

Masuji imaginaba sus manos bañadas con la sangre de un hombre, un hombre cualquiera, uno de tantos. Uno que, tal vez, fuera el asesino de su padre. Uno que habría manchado sus manos con la sangre de Takashi Utada, regando con ella la blanca arena de Okinawa, tiñendo con ella las aguas del mar de Japón.

En los ojos apretados de Masuji, tras sus párpados cerrados al sol de la mañana, se abrieron paso las lágrimas, prohibidas hasta el momento de la venganza, hasta el día de la victoria.

Ichiro y Masuji practicaban, sudando copiosamente, empapando las camisas blancas. Pero así tenía que ser. Habían de esforzarse. Ellos más que nadie, pues, como había dicho el Ejército, iban a ser la primera línea de defensa civil, los protectores del último bastión de la patria. El corazón que bombeaba la sangre de Japón.

En mitad del febril entrenamiento, las miradas de los dos muchachos se encontraron y, con un leve asentimiento, acordaron una pequeña pausa, nada más que un minúsculo paréntesis para recobrar el aliento y las fuerzas.

Se dejaron caer sobre la hierba, exhaustos, respirando con las bocas abiertas, como dos carpas en el fondo de un estanque seco, intentando atrapar un aire esquivo e insuficiente. Masuji posó la mirada en el pequeño rebaño de nubes que manchaban el perfecto cielo azul que cubría la prefectura de Hiroshima. Se deslizaban suavemente, en un continuo e imperceptible movimiento de este a oeste, mecidas por la celestial corriente, bañando el alma de Masuji como si fueran delicadas olas de paz y de calma. Pensó entonces que le gustaría permanecer así para siempre, tumbado sobre la hierba, con la vista perdida en las nubes, sumergido en esa reconfortante quietud que apagaba las llamas que ardían en su corazón. Sin embargo, sus pensamientos se movían a una velocidad mucho mayor que la de las etéreas nubes blancas, dejándolas atrás enseguida, haciéndole recorrer de nuevo los senderos del dolor y del odio. Y las aguas que bañaban sus costas se volvieron otra vez furiosas olas que chocaban contra los acantilados.

Queriendo apartarse de sus pensamientos, Masuji enderezó la espalda y se sentó sobre la hierba. Intentó vaciar la mente y comenzó a jugar con un palo que había tirado en el suelo. Dibujaba formas sin sentido sobre la tierra removida que había a los pies de un arbusto. Entonces encontró resistencia. Algo duro, extraño, ajeno a la tierra. No parecía una raíz. No sabía lo que era, así que dejó el palo y comenzó a recorrer el extraño objeto con la yema de los dedos. Por fin, ayudándose de las uñas, consiguió liberarlo del posesivo abrazo de la tierra y lo arrancó de su escondrijo. Mientras lo sujetaba con ambas manos, lo recorrió una y otra vez con la mirada, incapaz de comprender su naturaleza, de descifrar sus formas.

—¿Qué tienes ahí, Masu-chan? —preguntó Ichiro, quebrando el poderoso hechizo que aquel objeto había creado, aturdiendo los sentidos de su amigo.

Masuji volvió el rostro hacia Ichiro, sorprendido por la potente y firme voz que lo interrogaba.

—¿Qué es eso, Masu-chan? ¿De dónde lo has sacado? —preguntó de nuevo, acercándose al silencioso Masuji.

Ichiro rozó la superficie dura del objeto con los dedos barnizados de curiosidad, intentando, sutilmente, atraerlo hacia sí. Su amigo, como si acabase de despertar al sentir una presencia extraña entre las manos, lo soltó bruscamente, dejándolo caer sobre la hierba.

Ichiro lo recogió con cuidado y, también con cuidado, comenzó a desprender la tierra que se había adherido a su superficie.

Poco a poco, el objeto fue revelando su naturaleza, su materialidad.

—¡Es una pistola! —exclamó Masuji, incorporándose de un salto para, inmediatamente, caer de rodillas frente a su amigo—. Una pistola —repitió como un eco de sí mismo.

—Parece muy vieja —comentó Ichiro sin poder apartar los ojos de ella—. Y el cañón está torcido.

Masuji la contempló en silencio unos instantes. Era aquel cañón doblado hacia dentro lo que le había confundido en un primer momento, lo que le había hecho dudar sobre la naturaleza del increíble tesoro que acababa de encontrar. Porque era él quien lo había encontrado.

—Habría que limpiarla y engrasarla. Y el cañón... Tal vez el herrero pueda arreglarlo... Sí, desde luego que podrá. Katayama-san la arreglará. Y quedará cómo nueva... —dijo Ichiro, poniendo voz a sus pensamientos, sin apartar la vista de la vieja pistola que tenía el cañón doblado hacia dentro—. Y cuando vengan los americanos me encontrarán con algo más que una lanza de bambú entre las manos.

Todo esto decía Ichiro, mientras se imaginaba a sí mismo empuñando el arma frente al invasor.

Pero era Masuji el que la había encontrado. Masuji era el dueño de aquella pistola.

Sin embargo, era Ichiro el que, con ella en las manos, fantaseaba con alcanzar el honor y la gloria. Con ella en las manos, sería recordado para siempre. Con ella en las manos sus hazañas serían tan grandes como las de Asano y los cuarenta y siete ronin.

—No se lo esperarán. Desde luego que no... —continuaba diciendo Ichiro.

Sin embargo, aquella pistola era de Masuji. Él la había encontrado. Y estaba seguro de que al empuñarla, conseguiría vengarse. Cerró los ojos un momento y pudo ver con claridad el rostro del asesino de su padre, aterrorizado ante él, suplicando clemencia. Pero él se mostraba firme y, sin dudas ni titubeos, apretaba el gatillo.

—¡Balas!... Voy a necesitar balas... —casi gritó Ichiro, arrancando a su amigo de los sueños de venganza en que se encontraba sumido.

Entonces, apretando los puños sobre la hierba, que segundo a segundo dejaba escapar el liviano recuerdo del rocío, Masuji clavó sus oscuras pupilas en el rostro excitado de su amigo.

—Yo la he encontrado —dijo con la voz tan delgada como el hilo de un gusano de seda.

—Es mía —añadió.

Ichiro levantó la vista, sorprendido por la presencia de Masuji. Por unos momentos, el mundo había desaparecido a su alrededor. No había sitio más que para él, la pistola y sus sueños de honor y de gloria. Sin embargo, el decorado en el que todo transcurría volvió a dibujarse con la misma naturalidad con la que antes se había borrado. Y entonces algo cambió en las profundidades que se escondían tras la mirada del muchacho. Y algo había cambiado también en el intenso brillo que iluminaba los ojos negros de su amigo del alma.

Ichiro sujetó la pistola con firmeza y la acercó a su pecho, lejos de las ávidas manos que sabía que querían arrebatarla. Entonces, Masuji puso por fin voz al anhelo que encogía su corazón, y las palabras brotaron de sus labios tan duras como la roca.

—Tengo que vengar a mi padre... Con la pistola podré hacerlo.

Pero Ichiro no escuchó más que unos sonidos informes, carentes de significado. Tan solo eran ruido. Un ruido desagradable, desafinado y hostil que brotaba de la garganta de aquel nuevo enemigo que quería arrebatarle la pistola.

—Es mía —insistió Masuji.

Ichiro comenzó entonces a incorporarse, despacio, sin apartar los ojos de Masuji, sintiendo el frío tacto del metal contra su pecho, a través de la fina tela de su camisa. Sintiendo también la mirada punzante y afilada de su amigo.

Masuji, imitando los movimientos de Ichiro, como si se tratara de una danza ejecutada frente a un espejo, también se incorporó lentamente. Sin embargo, aquella simetría se desvaneció enseguida.

Masuji estiró bruscamente el brazo para recuperar lo que era suyo.

Ichiro repelió con un fuerte empujón el ataque de aquel ladrón que trataba de quitarle lo que era suyo. El que iba a ser el instrumento de su gloria.

Entonces, como un relámpago solitario en mitad de un cielo claro de principios de verano, su puño golpeó, seco, brutal, el rostro de Masuji. Un hilo de sangre brotó inmediatamente del labio del muchacho. Fueron unos segundos en los que el tiempo corrió a un ritmo extraño. Parecía expandirse y retorcerse luego sobre sí mismo, como una serpiente que, perpleja, intentara contemplar a la vez su vientre y su espalda. Pero el tiempo, como las aguas de un río, no es capaz de detener su curso más de lo que dura un suspiro. Y los golpes de uno y de otro se cruzaron en una caótica lluvia. Un aguacero de odio sin sentido, sin freno. Sin remedio. Y los nudillos se mancharon de sangre. Y las camisas blancas olvidaron para siempre su inmaculada pureza. Y Masu-chan ya no fue más Masu-chan. E Ichiro-chan ya no fue, nunca más, Ichiro-chan.

Ichiro, de rodillas, se sujetaba con los brazos el doloroso hueco en que se había convertido su estómago, y alzó con dificultad la cabeza. Contempló en silencio cómo Masuji se alejaba.

El sonido de sus pasos sobre el camino de grava, la rítmica y cruel música de la huida, golpeaba en sus sienes como el martillo sobre el yunque. Porque aquel al que nunca más podría llamar amigo, aquel al que jamás volvería a llamar Masuchan, se marchaba para siempre, llevando entre las doloridas manos la vieja pistola con el cañón doblado hacia dentro.

En Hiroshima, en el año 1945, Ichiro y Masuji juegan en las calles de la ciudad momentos antes de caer la bomba atómica.

En la Hiroshima actual, Sakura, una adolescente con una deformidad en la mano, sobrevive a las burlas de sus compañeros de clase y a la incomunicación familiar, piensa que su madre no la quiere y a su padre, absorbido por el trabajo, apenas lo ve. Aiko, una amiga virtual, vive en otra ciudad y no es fácil que lleguen a conocerse. Su verdadero deseo es convertirse en dibujante de manga, aunque sabe que eso nunca sucederá.

Pero la vida de Sakura da un giro cuando se cruza con el pequeño Tetsuo y con un anciano superviviente del bombardeo de Hiroshima que guarda un gran secreto.

Novela ganadora del XVIII Premio Anaya Infantil y Juvenil.

The logo for Anaya, featuring the word 'ANAYA' in a stylized, bold, sans-serif font. The letters are black with white outlines, and the 'A's have a unique shape with a triangle inside.

www.anayainfantiljuvenil.com

1525264

ISBN 978-84-698-8595-6



9 788469 885956